

Críticas y reseñas bibliográficas

I

CARLOS STUARDO ORTIZ

Sinopsis de la Flora Chilena, por Carlos Muñoz Pizarro. Editorial Universitaria, 1959

La Universidad de Chile ha publicado, en el mes de noviembre del año pasado, la obra *Sinopsis de la Flora Chilena*, de la cual es autor el Profesor Universitario, Ingeniero Agrónomo señor Carlos Muñoz Pizarro. Esta interesante y extraordinaria obra, que se publica en Ediciones Universitarias, es un volumen que comprende 309 páginas de texto, 42 de índices, 5 láminas en cuadrícomías y 244 láminas de dibujos analíticos a tinta china, formando un volumen de 840 páginas, formato 16°.

Se trata de una obra destinada a hacer un inventario de las plantas Fanérogamas y Criptógamas Vasculares, que viven silvestres o se encuentran naturalizadas en el territorio nacional. Presenta el autor, después del Prólogo, los Agradecimientos y la introducción, una lista de los autores de taxones para la flora de Chile y un esquema del sistema de clasificación de la misma. El resto de la obra comprende un conjunto de claves para la identificación de las familias y géneros de plantas. Las materias se encuentran divididas en Pteridófitas, Gimnospermas y Angiospermas (Monocotiledóneas y Dicotiledóneas). Las familias se encuentran ordenadas por orden alfabético, no siguiendo ninguno de los sistemas conocidos, por razones que proporciona el propio autor. Cada una de ellas comprende una descripción detallada y la mención al final de las especies más importantes con sus respectivos nombres científicos y vernaculares correspondientes.

Las claves, tanto para la identificación de las familias como aquellas de los géneros, han sido confeccionadas con caracteres fáciles de utilizar por el principiante, con la ayuda de una lupa, con el propósito que la obra sea utilizada como un manual en las excursiones o en la observación directa de la naturaleza.

El total del trabajo analiza un conjunto de 91 órdenes, 181 familias (debe suprimirse las Ulmáceas) y 960 géneros, muchos de ambas taxa nuevas para el país, como *Marsilea*, *Lithospermum*, *Luciola*, *Mniodes*, *Cnicus*, *Cardaria*, *Cynosurus*, *Schismus*, *Anisantha*, *Vulpia*, *Eichornia*, *Myricaceae*, *Simarubaceae*. Además, en el lugar correspondiente, aparecen también nuevas combinaciones (*Salix chilensis* var. *fastigiata*, *Gentianella ottonis*). Un ligero estudio de las familias de plantas tratadas por Reiche, *Estudios críticos sobre la flora de Chile*, Anal. Univ. Chile (1896-1911), que es el trabajo más moderno de que dispone el país, nos permite apreciar que la *Sinopsis de la Flora Chilena* agrega un apreciable número de familias y géneros que no se encontraban compilados en una misma obra. Se agrega, entonces, un conjunto de 74 familias, todas las cuales llevan diagnosis originales, precisas, basadas en material chileno y con la terminología botánica adecuada. Claves modernas las acompañan para la identificación de los

géneros habitantes del país. En este mismo sentido, el número de géneros nuevos para la flora se encuentra aumentado en forma notable. Por otra parte, hay familias de plantas en el texto (Gramíneas), para las cuales no existía un tratamiento adecuado desde la publicación de esta familia (1854) en *Historia Física y Política de Chile*. Lo mismo ha ocurrido para las Amarilidáceas, Iridáceas, y Liliáceas, etc. Las familias llevan su correspondiente nombre castellano frente a la designación latina, y, además, se les ha colocado una designación vernacular, teniendo como base la planta mejor conocida de cada una de ellas.

El texto posee, al final, una clave para la identificación de los árboles chilenos, comprendiendo un total de 142 especies y variedades, que hace aun ésta la obra de una mayor utilidad en este grupo de vegetales tan importantes en la economía del país. Un glosario de términos botánicos (257-282) y una extensa bibliografía (283-309) con 1.236 títulos completan la obra. Sus índices de nombres científicos, vernaculares y de láminas permiten una consulta expedita.

Acompaña al texto un conjunto apreciable de láminas, en un total de 244 (El Atlas de Gay contiene sólo 87), conteniendo más de 1.400 figuras, la mayor parte de ellas originales, confeccionadas por los artistas profesionales E. Sierra Ráfols y F. Sudzuki, la mayor parte de las cuales son excelentes por su presentación y detalle técnico. Encuéntrense allí ilustradas la casi totalidad de las familias tratadas y hay en ellas novedades en la estructura floral de plantas comunes del país, sobre las cuales no existía detalles, ni siquiera un conocimiento descriptivo (Fagaceae, Palmae, Myricaceae, Caricaceae, etc.). Con la publicación de las láminas en referencia, es evidente que el autor ha ahorrado descripciones extensas y ha proporcionado un conocimiento casi perfecto de la estructura floral de familias, géneros y especies.

Es interesante, también, hacer notar la colaboración que en forma inteligente supo el autor buscar y encontrar, de algunos botánicos americanos y europeos, todos los cuales participaron con una parte importante, y tan eficiente como aquellas preparadas por él mismo en ciertos y determinados grupos o familias, tales como los Dres. B. Sparre, L. Constance, A. Burkart, A. Cabrera, E. Kausel, G. Looser, etc.

La obra se inicia con un Prólogo, muy encomiástico, del eminente botánico suco, Dr. Carl Skottsberg, ex Director del Jardín Botánico de Gotinga, autor de obras de botánica y de más de 300 trabajos científicos relacionados principalmente con la flora chilena, y muy especialmente, sobre la flora patagónica, antartánica, del norte del país y de las islas extraterritoriales de la República.

El autor dedica la obra a su profesor en la Universidad de Harvard, Cambridge, Mass., donde hizo sus estudios de postgraduados, Dr. Iván M. Johnston, especialista en la flora del norte del país, y la ofrece a sus alumnos de la Escuela de Agronomía de la Universidad de Chile, en donde ejerce como Profesor de Botánica Agrícola.

Es de lamentar que las ilustraciones no puedan incluir el total de los géneros tratados y que la obra no lleve, también, descripciones genéricas, con el objeto de facilitar su confirmación después de haber obtenido su identificación en la clave. Una tarea como la indicada, transformaría la Sinopsis en un verdadero *Genera Plantarum*, que hace tanta falta a los estudiosos de la botánica.

También es lamentable que una obra como la analizada, no incluya las plantas inferiores, tales como las bacterias, algas, musgos, hongos, líquenes y hepáticas. Un estudio de estas plantas debe, necesariamente, hacerse por los estudiosos de la botánica en el país, o solicitar, tal como lo hizo el autor de la obra que comentamos, la colaboración de especialistas extranjeros que dentro de estas plantas los hay de gran competencia, que gustosos colaborarían en una empresa como la que ha emprendido el Profesor Muñoz.

Finalmente, es evidente que la literatura científica se ha enriquecido con una notable obra de trascendencia para todos los círculos científicos nacionales y extranjeros vinculados a las ciencias naturales. La *Sinopsis de la Flora Chilena* ha conquistado un sitio de honor entre las publicaciones de su índole. Ella puede compararse sólo con estudios norteamericanos y europeos, ya que no existe en Sudamérica una obra similar a la comentada. Ello es un orgullo de nuestro país, pues parece indicarse que se reconquista el lugar que Chile ocupó durante el siglo pasado con obras similares.

La *Sinopsis de la Flora Chilena*, por las proyecciones de sus estudios, el significado de su contenido y las excelentes ilustraciones, permite colocarla en un lugar al lado de aquellas publicadas el siglo pasado y a principios del presente siglo, por Claudio Gay, Rodulfo Amando Philippi y Carl Reiche.

2

BENJAMÍN ROJAS PIÑA

Memorialistas chilenos. Crónicas literarias, por Hernán Díaz Arrieta (Alone). Santiago de Chile, Zig-Zag, 1960

Hernán Díaz Arrieta ha mostrado, a través de sus crónicas en los diarios de Santiago de Chile, una cualidad valiosa: el dominio de la expresión literaria. Además, con su extenso camino por el mundo de la crítica de las bellas artes, ha deparado a sus lectores una sabia lección: amenidad.

El conjunto que ha reunido en torno a los "memorialistas" muestra la fluidez de su estilo y de su pensamiento. Aquel ejercicio casi cotidiano por apropiarse de los libros que a sus manos llegan se muestra plenamente en la serie de estudios, aproximaciones críticas, ensayos y simples artículos que componen *Memorialistas chilenos*. Dos precauciones guían sus crónicas: la brevedad y la sencillez. Hasta en actitud muy suya, llega a eliminar la concentración de datos indispensables para un lector que requiera una verificación o un punto inapelable acerca de libro y autor. Sin embargo, no se ofrece algo confuso ni falto de precisiones. Hernán Díaz ha poseído esa cautela del escritor consciente, llamada corrección. En el libro, también, se advierte otro factor, el de la selección. Y como para desvirtuar alguna sombra sobre estos diversos estudios engavillados, el autor utiliza el arma del "Prólogo". Afirmaciones suyas son las siguientes: "aquí no hallarán un estudio ni varios estudios profundos de crítica literaria e histórica" y "el tema de los me-

morialistas nacionales está lejos de verse agotado en estas páginas" (pág. xi). Y para explicarnos un tanto más la naturaleza de la obra, escribe en la misma página: "Hemos reunido en esta selección de 'crónicas literarias' algunas, no todas, de las que, en su oportunidad, dedicamos a libros y autores que podían incluirse dentro de ese género..." Es indudable que la variedad produce amenidad e interés. Pero era el momento de tener una obra amarrada desde dentro, acerca del campo inédito de las memorias. Las crónicas persistirán como incitaciones. Allí está la forma que estructura el libro.

Con rasgo de ensayo sobre la trayectoria de esta especie literaria, conocida como "memorias", se ofrece el primer estudio: "Prisioneros, desterrados, perseguidos: Bascañán, Egaña, Vicuña, María Carolina Geel". La causa que ordena las ideas de este estudio no se afina en las "memorias" mismas. El autor trata de apartar uno de los tantos velos que cubren el proceso creador del artista: el medio propicio. ¿Estrecheces?, o ¿galardones y estímulos? Transcribamos, sin comentario, un trozo referente al Premio Nacional que hace contrafigura al resto del estudio: "querriamos que alguien, con la mano sobre el corazón, nos dijera si el Estado ha conseguido su propósito y si, desde dieciocho años a esta parte, se nota en la atmósfera de Chile una mayor dignidad intelectual, si se ha elevado el tono de las relaciones entre los que cultivan las letras, si los que han recibido el galardón realizan la esperanza puesta en ellos de producir más y mejor y si lo hicieron a causa de haber recibido ese galardón; en suma, si el dinero gastado en tal empresa rindió frutos y vale la pena seguir gastándolo" (pág. 3).

Personalidades y épocas diversas se agrupan en torno al motivo de la persecución y al motivo de la prisión. Tres de ellos reciben la limitación de sus actos libres por causa política. La mujer llega a la cárcel identificada con otra conducta. Francisco Núñez de Pineda y Bascañán (1607-1680) recuerda sus años entre las manos, pensamientos y costumbres del cacique Manlicán, siendo él un mozo y apuesto criollo, hijo del Maestre General de Campo Alvaro Núñez, español. Decisivo es el título de sus páginas impresas por vez primera en Santiago, en 1863: *Cautiverio feliz y razón individual de las guerras ditadas de Chile*. Es una crónica salpicada de peripecias que la conducen al mundo novelesco y en donde la historia se pormenoriza y la actitud crítica y reflexiva sobre la guerra española en tierras araucanas se intensifica con la palabra de testigo. Juan Egaña (1769-1836) narra y medita la prisión y el destierro que padece en las islas de Juan Fernández, el penal de las autoridades españolas en tiempos de la Independencia. Hay ficción y hay realidad. Hay un curso de acontecimientos (semejante al ritmo interior de la psique) y hay un rodeo de teorías y conducta moral. Escribe Alone: "Egaña opone un solo consuelo: la fe. No se la habían debilitado los enciclopedistas y, asistido por ella, inventa un personaje imaginario, Adeodato, que se le aparece y le habla de Dios, del paraíso, de los santos" (pág. 10). También se esfuman aquí los límites del género literario. El título encubre su contenido, *El chileno consolado en los presidios o filosofía de la religión* (Londres, 1826). Hernán Díaz Arrieta no se ocupa de analizar si las obras de Carlos Vicuña, el hombre perseguido por la política de Carlos Ibáñez, y de María Carolina Geel, la autora nimbada de angustia y pesadumbre, son obras de "memorias" o "novelas". A lo largo del libro nunca se preocupará

expresamente del problema. Carlos Vicuña (1886) recoge con pasión sus aventuras de preso, desterrado y prófugo. Las situaciones de sus escapadas en Punta Arenas y en Isla de Pascua no merecen otro calificativo que de "novelescas". Vicuña acumuló personajes, tiempo y sucesos, de ahí que la intensidad y continuidad de escenas no alcancen a independizarse de la narración de las "memorias" y la "autobiografía". La indignación de su precariedad personal lo conduce a la confesión y la delación y, al lector, lo introduce por referencias alejantes del foco central. El libro *En las prisiones políticas de Chile* (Santiago, 1932), significa testimonio de un estado histórico del país. Con elementos mínimos, entretanto, María C. Geel (1911) organizó un mundo denunciador, en el que la angustia del que narra se une al misterio de una extraña conducta. *Cárcel de mujeres* (Santiago, 1956), no sale de los muros represivos de la cárcel, es una relación de una conciencia mortificada, es la vida de una reclusa convertida en destinadora de muerte. Alone, al prologar el libro, intuyó eso: "Ha habido un hecho, un espantoso hecho, que tampoco se explica, que lleva el mismo sello de extrañeza del estilo, del paisaje, de los personajes: una muerte sin motivo" (pág. 21). Tal vez el motivo de las persecuciones y de la limitación de la libertad haya dejado excelentes páginas en nuestra novela actual, es decir, en nuestra literatura de casa. Un ejemplo es *Hijo de ladrón* (Santiago, 1951), de Manuel Rojas (1896). Tal vez el testimonio documentado de la cárcel chilena también posea sus páginas vigorosas. Pensamos en *Proceso* (Concepción, 1959), de Juan Sánchez Guerrero (1900).

Del conjunto de memorias vistas por Alone surgen otras consideraciones. Desde el "Prólogo" manifiesta su interés por penetrar en las narraciones sobre la infancia. Con respecto a las memorias, es un segundo tema aglutinador. Inicia Alone el comentario a *Algo de lo que he visto* (Santiago, 1934), de Crescente Errázuriz (1839-1931), dignatario eclesiástico, académico de la lengua e historiador, con las siguientes palabras: "Los libros de memorias personales en que el autor cuenta su vida o se toma como eje de la narración, por lo general interesan mucho al principio y decaen después, para tornarse, a veces, pesadísimos, en las últimas páginas" (pág. 79). Y luego explica: "El hecho obedece a una ley fácil de observar: los recuerdos de la infancia y la juventud se embellecen con la distancia y no hay obstáculos para evocarlos tal como se presentan a la imaginación. Por algo Renan limitó los suyos a ese período y Goethe intituló: "Verdad y Poesía" sus reminiscencias autobiográficas". Aunque no es el caso de las memorias cual insiste en otras crónicas y en años distintos. Lo hace cuando estudia *Los días ocultos* (Santiago, 1955), de Luis Oyarzún (1920). En prosa bien trabajada y sencilla, Alone expone acerca de la narración sobre la infancia, ilustrándola con otros textos, *Cuando era muchacho*, de José González Vera (1897), y *Niño de lluvia* (Santiago, 1938), de Benjamín Subercaseaux (1902). "González Vera —apunta Alone— nos da un ejemplo de conformidad alegre. Subercaseaux deja oír el preludio de la gota de agua que viene de la lluvia; a Oyarzún lo vemos cogido de la mano de su madre, dirigiéndose preguntas angustiosas, aterrado ante el bramido de las vacas de la noche" (pág. 200). Las obras de Oyarzún y Subercaseaux, incorporadas al libro de *Memorialistas chilenos*, manifiestan la ruptura del mundo real e histórico del otro mundo de ficción, en donde el tiempo y el espacio se acomodan autónomamente. La evocación de infancia es de ma-

yor estructura de novela en *Niño de lluvia*, pues el narrador es el ser todo-conocedor que revierte la conciencia de Daniel, el niño que llegó a la vida con su propio invierno.

A propósito de estas obras, vuelve el problema de la especie literaria. Estructura de novela adquieren muchas obras en donde el autor ha expresado su experiencia única, intransferible, de su propia vida. No por ello caerán en las "memorias". ¿Porque Manuel Rojas nos dice que en el Aniceto Hevia de *Hijo de ladrón* hay experiencias de su juventud, vamos a aceptar la novela como recuerdo personal? Véase, para el caso, "Algo sobre mi experiencia literaria", del libro *El árbol siempre verde* (Santiago, 1960). Y aquí está el error de Hernán Díaz. Daniel, el niño descubierto por Subercaseaux es casi todo él, pero aquí ha jugado la magia de la ficción, el poder de la remembranza (muy acomodaticia) y la cala de la introspección (que en Subercaseaux es arma narrativa densa). Fernando Santiván elaboró unas memorias de medio camino entre lo experimentado, visto y sentido, y lo soñado, deseado y meditado. El hilo narrativo lo soporta el narrador aquel que escala y escala socialmente hasta lograrse una reputación, es el Enrique Samaniego, mutado en el Fernando Santiván de los últimos años. Es el caso de esas *Memorias de un emigrante* (Santiago, 1942), de Benedicto Chuaqui (1895), en donde se superponen la novela y los recuerdos autobiográficos. Ahora, en estos recientes años, se ha puesto de moda la revisión de la experiencia juvenil aparejada a las evocaciones literarias. Confesiones de los primeros pasos y de toda una época se ofrecen en páginas de Santiván (1886), Mariano Latorre (1886-1955), González Vera y Manuel Rojas. La proyección de una biografía contada por el mismo que la vive atrae nuestra curiosidad, como que también es anhelo de "mostrar" y "mostrarse". Pero —y esto lo ve Hernán Díaz Arrieta— las memorias, los recuerdos y las confesiones permiten controlar esa vida colectiva que circunda y da forma a la Historia. Una comunidad, sus costumbres, su dirección política, su estado económico y sus acontecimientos militares, pueden mirarse desde una ventana doméstica, y esa ventana es la visión personal y el recuerdo de un transcurrir de vida.

Consideradas las memorias como conformadores de la alta historia, al estudioso se le presentan varios temas comunes. En cuanto a Chile, y conociendo la existencia numerosa de memorias que parte en el último cuarto del siglo XIX, se unen según los cambios políticos-administrativos, según las grandes catástrofes, según las experiencias intelectuales. La Revolución de 1891, la aparición de Arturo Alessandri y la eclosión de las masas el año 1920, la dictadura del entonces Coronel Ibáñez, y —en el orden internacional— el primer gran conflicto mundial de 1914 y la guerra civil de España, se denotan ya como temas centrales, ya como trasfondo. El terremoto que asoló Valparaíso en agosto de 1906 aparece según diversos temperamentos y matizados recuerdos. Así, son variados los géneros que merodeando la especie de memorias (diarios de vida, crónicas, autobiografías) dan la pulsación histórica de Chile. Las guerras de la Independencia, la Confederación Perú-Boliviana y la del Pacífico fueron propensas a la anotación diaria y a las confidencias pistolares. Mucho más literatura originó el conflicto civil de 1891, suscitado entre el Presidente José Manuel Balmaceda y el Congreso Nacional. Doña Martina Barros de Orrego atrae los instantes pesarosos que rodearon el suicidio de Balmaceda en *Recuerdos de mi vida* (San-

tiago, 1942). Alberto Ried da la imagen del niño de seis años. La trayectoria vital del Presidente está en *Como si fuera ayer!*... (Santiago, 1922), páginas de evocación y crónica de Emilio Rodríguez Mendoza (1873). Capitales son las experiencias narradas por Ricardo Cox Méndez (1870-19), en *Recuerdos de 1891* (Santiago, 1944) y el famoso diario de Fanor Velasco (1848-1907), titulado *La Revolución del 91* (Santiago, 1914). Alone —con motivo de su segunda edición—, comentó: "...trae la nota íntima, el cuadro colorido y la escena de quien pudo presenciarlos desde un observatorio privilegiado, junto a los hombres que movían los hilos de la trama y que, pupila inteligente, gusto sagaz, recoge cinematográficamente los episodios del drama" (pág. 154). Y ligando el tema de la Revolución del 91 al motivo de la cárcel y opresión, podemos allegar a cuento *En la cárcel* (Santiago, 1892), del periodista colombiano José María Solano, y *Viaje de destierro* (Santiago, 1893), del periodista y novelista Vicente Grez (1847-1909), piezas curiosas del minuto.

El terremoto de 1906 tiene visos similares en dos obras de estilo y sentido contrarios: *El mar trajo mi sangre* (Santiago, 1956), de Alberto Ried (1885) y *Yo soy tú* (Santiago, 1954), del humorista y cineasta Jorge Délano (1895). En ambas obras se recuerda el informe meteorológico del oficial marino Middleton y sus circunstancias, mientras una imagen tortuosa e interior desarrolla Benjamín Subercaseaux en su novela *Niño de lluvia*. Ahora, pasando a otros círculos, las memorias más incitantes y, acaso las que más defraudan, son las de literatos y artistas. Hernán Díaz Arrieta se refiere a algunas, aludiendo brevisísimamente a las memorias clásicas en el género, *Recuerdos literarios* (Santiago, 1878), de José Victorino Lastarria (1817-1888). Las estudiadas son *Espejo del pasado* (Santiago, 1947), de Samuel Lillo (1870-1958) y las obras de Fernando Santiván, *Confesiones de Enrique Samaniego* (Santiago, 1933), *Confesiones de Santiván* (Santiago, 1958), en donde se develan algunos nombres de las confesiones anteriores y se añade una segunda parte, y *Memorias de un tolstoyano* (Santiago, 1955), más bien la embrujadora personalidad de su cuñado y hermano de letras y colonia, Augusto d'Halmir. Memorias de artistas como las de José Zapiola (1802-1885), con sus *Recuerdos de treinta años* (Santiago, 1872, y las de Jorge Délano, Coke, son un ejemplo de páginas atractivas y de vidas ricas en experiencias. La obra de Alone recoge otras tantas crónicas, en las que descubre el mundo y la personalidad de los autores. Ahí están los octogenarios de brillante figuración pública en política, la agricultura, la iglesia, la diplomacia: los *Recuerdos de 80 años* (Santiago, 1943), de Francisco Undurraga (1855-1943), *Algo de lo que he visto*, ya mencionado, de Crescente Errázuriz, *Memorias* (Santiago, 1936), de Abdón Cifuentes (1836-1928), y *Memorias de ochenta años* (Santiago, 1936), de Ramón Subercaseaux. Otros autores concentran sus recuerdos en delimitados momentos, y así el doctor Augusto Orrego Luco (1848-1933) escribió sus *Recuerdos de la Escuela* (Santiago, 1922), Martiniano Poblete contó *Una jornada ferroviaria* (Santiago, 1930), que son los "recuerdos de 38 años de vida carrilana", y Aurelio Núñez Morgado describió con trazos sólidos y humanos la guerra civil española, según *Los sucesos de España, vistos por un Diplomático* (Buenos Aires, 1941). Un ambiente apasionante pintó René Montero en *Confesiones políticas* (Santiago, 1958), abriendo el interior enigmático de Carlos Ibáñez, el General Presidente. También, en recuerdos que traslucen la personali-

dad de un verdadero personaje. Alone se refiere a *En España con García Lorca*, del diplomático y escritor Carlos Morla Lynch. De este modo, estas páginas de *Memorialistas chilenos*, entregan sucesos, sociedad y hombres de Chile.

Como se trata de un modo de selección, el libro de Hernán Díaz Arrieta no recoge muchos nombres conocidos. No es válido conjurar a los ausentes. Pero sí llama nuestra atención la presencia de obras ajenas al género memorístico, como la recolección de artículos y crónicas del diplomático Darío Ovalle Castillo, publicada con el título de *Por los caminos del abra*, o como la impresión de las cartas, breves trabajos y otros documentos íntimos que los hijos de Luis Montt reunieron en el libro *Recuerdos de familia* (Santiago, 1943). Tampoco es explícito el asedio que hace a *Recuerdos de cincuenta años* (Santiago, 1947), obra de recopilación de entrevistas periodísticas aparecidas en la revista *Pacífico Magazine*, de Santiago, y debidas a Armando Donoso (1886-1946). Por último, el hecho de no realizar un estudio determinado acerca de las condiciones de las "memorias", como especie literaria, y no desarrollar una visión histórica del género en nuestras letras (para por lo menos así no preterir el hermoso venero de Vicente Pérez Rosales (1807-1886) y sus *Recuerdos del Pasado*, Santiago, (1882), obligaba al cuidado de un par de índices, como el onomástico y el bibliográfico. El primero no existe. Y el segundo es incompleto. Demuestra ello una inconsistencia demasiado familiar en la crítica chilena y una tolerancia de todas las editoras de categoría.

3

JULIO DURÁN CERDA

Contribución a la Bibliografía del Teatro Chileno, 1804-1960, por Walter Rela. Publicaciones del Departamento de Literatura Iberoamericana de la Universidad de Montevideo. 1960

Bajo la afinada dirección del doctor Alfonso Llamibías de Azevedo, catedrático de la Universidad de Montevideo, jefe del Departamento de Literatura Iberoamericana y fecundo publicista, han venido dándose a la estampa interesantes estudios sobre problemas, hombres y obras de las letras americanas, realizados por profesores de la Universidad. Esas publicaciones, de cuidada presentación, constituyen una prueba de la jerarquía de la labor, intensa y sostenida, de investigación que se efectúa en aquel centro universitario. Además de la *Revista Iberoamericana de Literatura*, se ha publicado una decena de trabajos, cada uno de los cuales importa un paso efectivo en el afán de desentrañar nuestra realidad cultural. Basta señalar sólo algunos para darnos una idea de la ruta y el tono de esa actividad: *Horacio Quiroga y la creación artística*, de José Enrique Etcheverry; *Javier de Viana, modernista*, de Tabaré J. Freire; *El romanticismo de Esteban Echeverría*, de Manuel García Puertas; *Darío y Morás*, de Alfonso Llamibías de Azevedo, etc.

Últimamente nos vemos gratamente sorprendidos por esta *Contribución a la Bibliografía del Teatro Chileno, 1804-1960*, del profesor uruguayo Walter Rela, estudioso que conocíamos por otras publicaciones suyas, relativas a motivos teatrales, como *El mito Santos Vega en el Teatro del Río de la Plata, 1958*; *Celebraciones teatrales y fiestas en el Paraguay Colonial, 1959*; *Críticas y comentarios a estudios teatrales*, páginas todas que revelan un espíritu altamente disciplinado.

Esta *Bibliografía del Teatro Chileno* es un rasgo que pone de manifiesto las fraternales vinculaciones —que superan el mero simbolismo americanista— de la cultura uruguaya con la nuestra, y acusa, al mismo tiempo, la existencia de comunes inquietudes espirituales, factores auspiciosos de una labor conjunta futura, más estrecha y encauzada.

El trabajo de Walter Rela va precedido de un prólogo de Ricardo Latcham, nuestro Embajador en Montevideo, activo gestor diplomático y cultural en ambas riberas del Plata: en rápidas plumadas, Latcham reseña la historia del teatro chileno. Luego el folleto registra, en 33 páginas, la producción teatral chilena impresa, desde 1804, con las obras de don Juan Egaña, que se representaban durante el gobierno de Muñoz de Guzmán, en las postrimerías de la Colonia, y que aplaudía la tertulia de la esposa de éste, doña María Luisa Esterripa, y alcanza hasta las últimas publicaciones de teatro nacional, aparecidas en el presente año de 1960, como *Deja que los perros ladren*, comedia de Sergio Vodanović, Editorial Nuevo Extremo, de Santiago de Chile. Se incluyen, en sección aparte, los estudios básicos sobre nuestra evolución escénica y sobre crítica de obras.

La contribución fundamental de Walter Rela consiste en haber realizado la continuación de la *Bibliografía Dramática Chilena*, del estudioso chileno Nicolás Anrique Reyes, que recogía el material del siglo XIX hasta la fecha de publicación de ese catálogo, en los *Anales de la Universidad de Chile*, en 1899. Las informaciones para llevar a cabo la ardua tarea de consignar las fichas de estos sesenta años corridos del presente siglo, las obtuvo principalmente, según lo declara el autor, de las Bibliotecas Nacionales de Río de Janeiro, de Santiago de Chile y de Buenos Aires. Es una empresa de envergadura, que no puede llevarse a buen término sin el dominio cabal de la materia, de los métodos de investigación, de tesón y de no escasos desembolsos. Es el resultado brillante de casi cuatro años de pesquisas acuciosas, no sólo en ficheros y anaqueles, sino en los centros teatrales de Santiago, Valparaíso, Buenos Aires y Montevideo, lugares por donde ha transitado nuestra farándula y en donde quedan jirones de recuerdos entre antiguos cómicos, autores, empresarios, coleccionistas y estudiosos.

La bibliografía de la literatura chilena ha recibido una contribución de primer orden con este registro de Walter Rela, y todos los que nos hallamos empeñados en seguir los pasos de nuestra actividad dramática, hemos contraído una deuda de admiración y gratitud con el autor y con la Universidad de la República hermana. El difícil acceso al cuadro general de nuestro teatro del siglo XX, se allana considerablemente y se abren perspectivas para la investigación.

Comprendemos que esta *Bibliografía* —el primer intento serio después del de Anrique— no podía ser exhaustiva; el mismo autor advierte que no ha dado cumplimiento cabal a su plan de agotar el registro. Sin embargo, sólo una que otra ficha de relativa importancia echamos de menos, tanto dentro de los estudios generales como de las piezas dramáticas; señalamos, a continuación, algunas de esas omisiones que pudieran ser de algún interés, en un afán de integración y cabalidad que no será la última: el excelente artículo de Manuel Blanco Cuartín, *Teatro Chileno y Español*, publicado en la *Revista Nueva*, de Santiago, Año I, tomo I, abril, mayo y junio de 1900, pp. 286-320, útil en la determinación de los valores histriónicos que campeaban en Chile por las décadas tercera y cuarta

del siglo XIX. En la *Revista de Artes y Letras*, 12, 1888, pp. 94-96, aparece un llamado de Luis Covarrubias, acerca de la necesidad de *La fundación del teatro nacional*. En el Apéndice de los *Recuerdos Literarios*, 2ª edición, de Leipzig, 1885, de Lastarria, se contiene un abundante material crítico e informativo, sobre la producción escénica del 70 al 80 y tantos. Hay páginas interesantes de Alejandro Fuenzalida Grandón, en *Lastarria y su tiempo*. Otro folleto útil, sobre el medio siglo, es *Preocupaciones sobre el teatro*, del actor y director escénico Mateo O'Loghlin, publicado en La Serena, 1850. Pedro N. Cruz, *Obras Dramáticas Chilenas*, en Estudios sobre literatura chilena, vol. II, Santiago de Chile, Ed. Nascimento, 1940. Rafael Egaña, *Obras dramáticas de Román Vial*, artículo crítico, en *La Estrella de Chile*, 1872. Otros artículos de crítica en *La Estrella de Chile*, firmados por Rafael Garmendía Reyes y por Rómulo Mandiola. Otra revista que debe figurar en un catálogo de estudios es *La Lectura*, que publicó críticas y obras (1884). Es de interés el artículo crítico de Omer Emeth sobre *Expiación*, de Manuel Tomás Vargas y Vargas, autor talquino, que se inserta en la *Vida Literaria* en Chile. En general, no se han fichado los múltiples artículos de prensa referentes al teatro chileno.

En la sección de las piezas teatrales, también anotamos algunas ausencias: José S. Córdova: *El canalla*, ensayo dramático en dos actos, Antofagasta. Imprenta El Socialista, 1921. Amadeo González: *Yo he sido un espía*, comedia cómica, Santiago, 1935. César Bunster: *El Infierno*, sainete (Primer Premio en el concurso teatral de la Federación Universitaria de Chile, 1923). Santiago, Imprenta La Nación, 1923. Leonardo Pena: *Las Puertas*, tetralogía dramática, 2 tomos, Santiago, Imprenta Santiago, 1911. José Segundo Castro: *Luchas internas*, boceto dramático en un acto y dos cuadros, Santiago, Talleres Gráficos, calle Janeiro 465, 1921 (?). L. Vergara Flores: *La Maiga*, drama en cuatro actos, La Serena, Imprenta y Librería La Central, 1909. No se registra la edición de Barros Grez de *El casi casamiento* y *El vividor*, hecha por Nuevo Extremo, de Santiago, 1959.

Y ya que estamos en el plan de observaciones al magnífico trabajo de Walter Rela, digamos que hemos advertido la presencia de algunas fichas incompletas y otras con algún error de imprenta. Veamos las de mayor bulto: el juguete cómico de D. Barros Grez, no se titula *La Colegiala*, sino *La Colegialada*, error en que frecuentemente incurren los impresores. El autor de Derechos de la mujer, es Fabio Castro *Garín*, y no Marín. Por el lujo y por el ocio, de Andrés García, es una *comedia en tres actos*, *Imprenta Excelsior*. La obra de René Hurtado Borne anotada como *Drama de noche*, se titula, realmente, *Damas de noche*, con las siguientes indicaciones: *Comedia lírica en un acto y tres cuadros. Música del maestro Angel Torrens, Santiago de Chile, Soc. Imp. y Lit. Universo, Galería Alessandri, N° 20, 1915*. La obra de Pedro Sienna se titula *Los cabellos grises*, y no *Las cabelleras grises*. La autora de María Cencienta es *Emilia Solar de Claro* y no Amelia. En la ficha de Daniel de la Vega, se anota: *El Rival-Cielito*, que deja la impresión de tratarse de una sola obra, en circunstancias que son distintas: *El Rival, comedia en dos actos*, y *Cielito, momento dramático en un acto*. A la ficha de Oscar Videla y Rafael Raveau, hay que agregar el pie: *Imprenta y Encuadernación "Roma"*.

Como puede verse, los anotados son detalles que en nada amenguan el valor y macidez de la Bibliografía de Walter Rela.

4

NELSON CARTAGENA R.

Canción Nacional de Chile. Edición crítica de la letra, por Clemente Canales Toro. Santiago de Chile. Editorial Andrés Bello, Colección Emblemas de la Patria, 1960, 185 pp.

Uno de los frutos positivos que aporta el conjunto de actividades destinado a celebrar el Sesquicentenario de la Independencia de Chile, es la creación de la serie bibliográfica, titulada *Emblemas Nacionales*, cuyas obras serán impresas por la Editorial Andrés Bello¹. No puede ser más oportuna la idea, pues vivimos un momento histórico crítico, que nos exige enfrentarnos a la tradición, o mejor dicho, verificar su existencia, a fin de explicarnos nosotros mismos y dar sentido al mundo en que estamos inmersos.

Ha correspondido iniciar la serie aludida al destacado profesor don Clemente Canales Toro, quien nos ofrece una edición crítica de la letra de nuestra Canción Nacional². La elección ha sido feliz, porque el profesor Canales es una de las figuras más representativas en los últimos veinticinco años de la vasta labor educativa y cultural que ha realizado en nuestro país el Instituto Nacional, "primer foco de luz de la nación", como reza una estrofa de su himno.

La obra que nos preocupa "va destinada a los niños, a los estudiantes y a los estudiosos, con la doble misión de fijar en ellos el texto exacto de la canción y de conocer en su contenido, los temas fundamentales de la lengua castellana" (p. 20). Reseñaremos el contenido del libro para mostrar cómo el autor cumple su propósito.

El Cap. II está destinado a la historia de la Canción Nacional. En primer término se determina a las personas que han tenido ingerencia en su creación (poetas y músicos) y en su establecimiento (críticos y auspiciadores), además de un acucioso informe acerca de las fechas en que aparecen los diversos textos y músicas. Luego se alude al marco ambiental y a las ideas que circulaban en la época, todo lo cual conforma y explica los conceptos significados en las sucesivas letras del himno. Este panorama se completa con una presentación prolija de documentos relativos a los historiadores, gobernantes y críticos que han tenido importancia en su evolución y versión definitivas.

El capítulo siguiente se refiere a los textos de la Canción Nacional. El autor realiza una exhaustiva reproducción de todos ellos y de variadas traducciones que algunos han merecido al alemán, francés, danés e italiano. No menos detallada es la historia de las diferentes enmendaduras y supresiones sufridas por los diversos textos y la ordenación alfabética con índice de frecuencia de las palabras de la letra oficial, trabajo éste que ha sido hecho

con un arduo afán bibliotecario y estadístico, sobre todo en lo que dice relación con el aspecto formal.

La visión estrictamente histórica se completa con las biografías de los poetas-autores de la Canción Nacional (Cap. V). Nos ha impresionado gratamente la objetividad e interés del sistema descriptivo. El profesor Canales elabora en primer lugar una crónica de los biografiados, según documentos de archivo y luego ofrece una síntesis de diversos textos pertenecientes a los autores que han escrito acerca de dichos poetas, conformándose de este modo un panorama muy claro de su personalidad y trascendencia.

El otro núcleo de la obra, además de lo histórico, es el análisis lingüístico de la letra de la Canción Nacional. El autor ejecuta una prosificación del texto y una glosa de las diversas unidades sintácticas mínimas. Cumplido este punto, determina los 23 sintagmas oracionales del trozo, ordenando las estructuras de acuerdo a una sintaxis regular, con explicitación de sentido, eliminación de elipsis y traducción de pronominales, después de lo cual aparece un sencillo enunciado de los pensamientos e ideas contenidos. Creemos que este aspecto es uno de los más positivos con vistas al empleo pedagógico de la Canción en las clases secundarias de Gramática, lo que muestra, una vez más, la acentuada volición docente del profesor Canales. Nos parece, en cambio, muy incompleto y esquemático todo lo relativo a la parte etimológica de los vocablos. Por último, en el Cap. VIII se ubica en orden alfabético a las dicciones del texto oficial, fechado en 1941 y se confecciona un *Diccionario* que diverge bastante de las normas tradicionales. No se trata, en rigor, de una descripción filológica ni de un mero enunciado semántico, sino de un procedimiento típico que no consta en los manuales y tratados corrientes.

Puede decirse, con las propias palabras del autor, que "este trabajo es, en suma, una revista de las letras, sonidos, palabras, frases, oraciones, ideas, pensamientos, nexos, etc., que contiene la LETRA, para acercarnos al conocimiento de la CANCIÓN, por el mayor número de caminos que conducen hasta ella en el idioma patrio" (p. 15). Y el profesor Canales ha seguido el camino que más convenía a sus condiciones de intelectual acucioso, paciente y erudito.

5

MARIO RIVAS

Diario de Oriente, por Luis Oyarzún. Editorial Universitaria, 1960

Se puede decir que se han escrito libros de viajeros desde los más antiguos tiempos de la civilización. Uno de los primeros es el de Heródoto, con tan curiosas observaciones. El que más éxito de librería alcanzara fue, sin duda, *El Libro de las Maravillas*, de Marco Polo. El género de libros de viajes alcanzó su cúspide en el siglo pasado. En Chile, el más conocido es el de Mary Graham.

En nuestro siglo los libros de viajeros han tendido, si no a desaparecer, a ocupar un plano mucho menos importante. Las revistas ilustradas, el cine y otros medios de difusión han hecho que las imágenes de todo el mundo sean muy fácilmente conocidas. Los que escriben libros de viaje, por lo general, sólo consiguen anotar sus recuerdos para regalar los ejemplares a los amigos.

No es el caso de este *Diario de Oriente* de Luis Oyarzún. La observación fina de un hombre inteligente está expuesta a través de un estilo brillante. Uno no cree estar leyendo, sino conversando

¹En el Art. 76 de la Ley N° 12.084 se faculta a la Editorial Jurídica de Chile para usar indistintamente su propia denominación o la de Editorial Andrés Bello.

²Entre otras obras del autor pueden citarse su prólogo y versificación moderna de la obra de Gonzalo de Berceo *Signos del Juicio Final*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, S. A., 1955, 114 pp.; su ensayo de interpretación y versificación *El Libro de Buen Amor*, de Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, Santiago de Chile, Ediciones de la Universidad de Chile, s/l, 339 pp.; y, por último, *Ralces Griegas y Latinas*.

con el autor. Ha visto cosas que otros no vieron y las relata con júbilo.

Comienza por una descripción del ambiente exterior y nos dice: "Mi primera impresión de Moscú es la de una enorme ciudad victoriana, con algo de Zola. Donde esperaba encontrar lo ultramoderno, hallo un hotel —apenas terminado hace un año— recargado de adornos bizantinos, con dorados y azules, y con habitaciones, galerías y grandes salones vacíos, *ancien régime*. Espesas alfombras rojas, muebles pesados, una gran tina de baño, sin ducha; cortinajes espesos, lámparas de innumerables lágrimas".

Nos muestra a las gente: "Una vieja dama rubicunda, que parece una alemana, está a cargo del piso, y la camarera con cofia blanca almidonada, es una mujercita muy flaca y macilenta, de mirada triste, que no se cansa de hacerme reverencias y con la que no puedo intercambiar palabra".

Y sigue: "La sala de espera en el aeródromo, a donde llegamos en avión a chorro, desde Praga, a cerca de 1.000 kilómetros por hora —el famoso avión soviético TU 104—, me pareció extrañamente llena de ancianos jubilados —algunos de ellos fotógrafos de larguísimo bigotes, en torno a una mesa de estación de provincia".

Estas son las gentes que vienen a completar el decorado con que se le recibe:

"Me esperaba un joven intérprete, que habla castellano casi con acento chileno, y una dama alta, rubia, suave, tan enterada de Chile, que para empezar me habló de Marcela Paz y de Mariano Latorre, de quienes no han podido hasta ahora recibir los libros, tal vez por trabas del correo chileno".

La eficiencia soviética queda así destacada.

Sigue encontrando en todas partes el estilo arquitectónico y decorativo de tiempos de los zares, en esta ciudad que por haber sido incendiada tantas veces, es atrozmente de estilo siglo XIX en su mayor parte.

La politización mata un tanto el arte: "El cielo raso de la sala de reuniones del Koljós está decorado con follajes y arabescos celestes, amarillos y azules de yeso pintado. Pululan los fotógrafos. En un cuadro malísimo que domina el recinto, Lenin trabaja en su retiro de Gorki. En otro muro hay una fotografía de Khrushchev, y al frente, otra de Bulganin".

El padrecito Stalin no figura en ninguna parte.

Con un dejo de ironía, nos cuenta, al describir una de esas inmensas manifestaciones públicas:

"De nuevo en el Estadio Cerrado Lenin, frente al Presidium, con Khrushchev y Mao Tse Tung al centro, bajo la obsesante efigie de Lenin rodeada de banderas y flores rojas. La oratoria del Partido es caudalosa como el Volga, y no parece llegar jamás al Mar Caspio.

"Recién habló una delegada china con voz de pajarrillo."

Y, más adelante: "... todos los discursos se parecen".

La música le ha producido gran efecto:

"Los himnos que escuchábamos combinaban marcialidad y lirismo, y llegaban a una solemnidad religiosa penetrada de ternura. Cuando se los escucha cantar, se intuye en sus fuentes la humanidad de este pueblo. No he conocido otro más efusivo, más abierto, más buscador de comunicaciones afectuosas. ¡Qué no irá a dar cuando una mayor seguridad dentro del mundo haya reducido a lo indispensable esta armadura ideológica beligerante que todo lo impregna ahora! Pues se advierte con certeza que éste es un pueblo grande, un pueblo del destino. Hasta lo vulgar, lo provinciano, adquiere en-

tre ellos dignidad. Anoche, en el Teatro Bolshoi, vimos *La Madre*, ópera basada en la novela de Máximo Gorki, con una escenografía —no del todo realista— perfecta. La música es una simple ilustración del texto. En la expresión de la rebeldía revolucionaria alcanzan la grandeza, y, cada vez que mueven masas en escena, el efecto es profundo. Las voces graves y potentes conmueven aun a los más fríos. Provocan la comunión."

Esto dice Luis Oyarzún y es lo más consolador y lleno de esperanzas para el futuro de la humanidad que hemos leído acerca del futuro de la Rusia Soviética.

Una breve reflexión en Praga, cala hondo en el problema de la adaptación checoslovaca y centro-europea:

"En la perspectiva histórica, pensaba, el régimen soviético es nuevo y se halla todavía haciendo sus primeras armas. Pero los hombres que lo dirigen son, a pesar de su vitalidad, casi ancianos. K. y B. son septuagenarios y han de estar inevitablemente traumatizados por los fantasmas de un pretérito de luchas implacables. En cambio, cuando los que hoy tienen menos de 50 años lleguen al poder, con otros recuerdos, otras actitudes y otro espíritu, seguramente el sistema político y social de la Unión Soviética, sin renegar de sus bases fundamentales y sin abandonar los ideales del socialismo, podrá ventilarse y florecer en productos inéditos, libre al fin de todo lo superfluo que contienen sus andamiajes actuales."

En raudo vuelo se traslada a China y nos anota:

"Una corte de los milagros con 650 millones de pobres que se deciden a cambiar de pelaje, con liviandad y entereza."

Es una pincelada magistral para tratar a China en general.

Esto es el aspecto exterior. Ahora, el interior de cada chino en particular y de todos en general:

"Las cosas pesadas son para ellos motivo de risa, ingravidades como granitos de arroz."

El tono de Oyarzún llega al lirismo para describir los campos chinos:

"Los ojos vagan por el abril florido, que se proyecta hasta el horizonte en gloriosos sembrados de yuyos en flor.

"Las plantaciones de té se extienden en terrazas en las colinas cercanas a Hangchow. En el local central de la comuna popular nos sirven hojas verdes del té más famoso del mundo..."

Porque durante todo el libro, nos irá mostrando cómo saboreó esto o aquéllo, en una geografía culinaria descriptiva que despierta el apetito y la sed.

Por su pluma, los chinos explican su versión del comunismo (pág. 59). Y, también, nos describe la antigua China (pág. 65).

Irá a la India y anotará de paso interesantes observaciones y luego, de salto en salto, lleno de recuerdos, volverá al mundo occidental.

Esto es, más o menos, el libro de Oyarzún.

Lleno de simpatía, de gracia, calando muchas veces hondo en problemas que con este lenguaje sencillo se nos hacen más cercanos e inteligibles.

Es el nuevo libro de viajero. La versión moderna en donde la descripción prolija que desacrecentará el género está reemplazada por la ágil pincelada y la versión histórica por un análisis psicológico.

Son escasas ciento veinte páginas que nos hablan más claro del mundo que está tras la cortina de hierro y la de bambú que muchos gruesos tratados.